



PASTORAL JUVENIL SALESIANA - URUGUAY

Pensar como Don Bosco.

Un manual de pedagogía y espiritualidad narrada

Bruno Ferrero

Enero de 2012

Ponencia del P. Bruno Ferrero sdb en las XXX Jornadas de Espiritualidad de la Familia Salesiana, que constituyeron el inicio del camino que llevará a la Familia Salesiana a celebrar el Bicentenario del nacimiento de Don Bosco

En el fondo de la calle estaba la horca.

La siniestra silueta de aquella horca, que el gobierno real tenía siempre dispuesta para castigo ejemplar de los malhechores e inútil advertencia de los aspirantes a ser tales, dominaba los callejones que descendían a un lugar feo y de mala fama. Aquel lugar se llamaba Valdocco, según una etimología que los historiadores y estudiosos no han conseguido todavía descifrar: entre “valle de los ajusticiados” y “valle de los patos” poco hay que escoger. Allá abajo, un cura había levantado una casucha miserable para acoger a los muchachos que la ciudad maltrataba.

Un cura que no poseía nada. Ni siquiera un traje decente. Pero poseía el capital más precioso que un hombre puede tener. Tenía un sueño.

“En una ocasión, habiendo llegado a visitarlo en Valdocco un riquísimo negociante descreído y solo por curiosidad, vi que salía después confundido, y le oí exclamar tres o cuatro veces: “¡Qué hombre, qué hombre éste!”.

Os invito a un breve viaje para explorar mejor a este hombre.

Espiritualidad salesiana significa ver la vida como don Bosco. No como una estampita, o un icono, o un personaje del pasado. Significa preguntarse: ¿Cómo sería el mundo sin don Bosco? O también: ¿Qué haría don Bosco? ¿Qué nos diría hoy?

Está claro que es imposible condensarlo en un espacio tan corto. Lo intento no obstante con siete principios, que son solamente un pequeño y humilde intento de aproximación. Son éstos:

- 1. REALIZA TU SUEÑO**
- 2. AMA LA VIDA Y SIGUE TU CORAZÓN**
- 3. EL CIELO NO ESTÁ LEJOS**
- 4. MIRA MÁS ALLÁ DEL HORIZONTE**
- 5. SÉ FUERTE, SÓLIDO Y DIGNO DE CONFIANZA**
- 6. RECONCÍLIATE CON LA MUERTE**
- 7. LA VIDA ES COMO EL JUEGO DE LOS PUNTOS Y EL FINAL ES UNA SORPRESA DEL OTRO MUNDO**

1. REALIZA TU SUEÑO

Para comenzar, un pregunta muy sencilla: «¿Deseas una vida cualquiera o quieres cambiar el mundo?» Todas las mañanas mírate en el espejo y pregunta: «Si hoy fuese el último día de mi vida, ¿haría lo que voy a hacer hoy?» Si respondes que no, varios días seguidos, es hora de cambiar algo.

Hay una cometa para cada uno. Basta buscarla.

¿Se puede hablar todavía de metas e ideales, hoy día?

El maestro enseñaba que no es posible vivir sin un ideal, una meta, una utopía. Para explicar la necesidad de la utopía indicó a un joven intrépido la línea azulada del horizonte.

«Ahí es donde tienes que llegar: ¡esa es tu meta!»

El joven partió dando grandes saltos. Alcanzó las primeras colinas, pero la línea azulada se había deslizado a otra cadena de montañas. El joven retomó el camino, pero la línea azul estaba detrás de las montañas, al final de una amplia llanura.

Desilusionado, volvió donde estaba el maestro.

«Doy diez pasos y el horizonte se aleja diez pasos. Por más que camine, nunca lo alcanzaré».

«¡Sí, es así!»

«Entonces, ¿para qué sirve la utopía?»

«Sirve para esto: para caminar».

Cuando deja de correr, el río se convierte en un charco. También el hombre. Don Bosco no ha dejado de caminar. Hoy lo hace con nuestros pies. Descubrir el propio sueño significa en el fondo responder a la pregunta: «Entonces, ¿qué es lo verdaderamente importante para ti?» Es una de las primeras cosas que hizo don Bosco. Tenía una convicción respecto de los jóvenes: «Esta porción, la más delicada y preciosa de la sociedad humana, sobre la que se fundan las esperanzas de un feliz porvenir, no es en sí misma de índole perversa... porque, si sucede a veces que ya estén estropeados a esa edad, lo son más bien por falta de consideración, no por malicia consumada. Estos jóvenes tienen necesidad realmente de una mano bondadosa, que se cuide de ellos, que los guíe...»

En 1882, en una conferencia a los Cooperadores, en Génova: «Apartando, instruyendo, educando a estos jóvenes en peligro se hace un bien a toda la sociedad civil. Si la juventud es educada bien, tendremos con el tiempo un generación mejor; si no, dentro de poco estará compuesta por hombres llenos de vicios, ladrones, borrachos, malhechores. Estos muchachos, en la persona de sus superiores se presentan a vosotros con el sombrero en la mano; y vosotros con vuestra ayuda podéis proporcionarle el pan, y enseñarles a vivir laboriosos y honrados, asegurarles un porvenir afortunado».

Es decir: solo la educación puede cambiar el mundo.

«En cambio, abandonados a sí mismos, quizás un día se os planten delante, pidiendo dinero con el cuchillo en la garganta».

A él le ocurrió una tarde, mientras caminaba hacia Castelnuovo.

Iba de vuelta por un bosque, cuando una voz le amenaza: «La bolsa o la vida». Don Bosco está aterrado. Responde: «Yo soy don Bosco, y no tengo dinero». Y mira a aquel hombre que ha salido de entre los árboles enarbolando una hoz, y cambiando la voz le dice: «Cortese, ¿eres tu el que quiere quitarme la vida?»

Ha descubierto en aquella cara cubierta por la barba a un joven que había sido su amigo en las cárceles de Turín. También el joven lo reconoce, y quisiera desaparecer.

«Perdóneme, don Bosco. Soy un desgraciado». Le cuenta entre sollozos una amarga y acostumbrada historia. Al salir de la cárcel no lo han aceptado en su casa. «Incluso mi madre me dio la espalda. Me dijo que era el deshonor de la familia». Encontrar trabajo, ni hablar. Apenas sabían que había estado en cárcel, le cerraban la puerta en la cara.

Antes de llegar a I Becchi, don Bosco lo ha confesado, y le ha dicho: «Ahora, ven conmigo». Lo presenta a sus familiares: «He encontrado a este buen amigo. Esta noche cenará con nosotros».

El que tiene un sueño es siempre respetuoso. Sabe que todos albergan un sueño, sabe que los jóvenes son un haz de sueños que el mundo de los adultos se divierte en pisar. Como dice Yeats: «Yo soy pobre, y po-

seo solo mis sueños. Camina en punta de pié porque caminas sobre mis sueños».

Tener un sueño significa percibir la vida como misión, como magnífica tarea que hay que cumplir. Quien siente que su sueño viene de lo alto se siente en misión por parte de Dios, como un instrumento en sus manos. Prueba la alegría más grande para un ser humano: mi sueño y el de Dios coinciden. Por eso siente el placer y la simple belleza del hacer, y afronta la fatiga necesaria, sin hacerse ilusiones. No se siente en modo alguno especial.

«Tantas veces, decía don Bosco, y lo oí muchas veces, que si el Señor hubiese encontrado un instrumento más inapropiado para sus obras, ciertamente lo habría escogido en su lugar. "Ciertamente, añadía, se habría sentido mejor servido que por mi"» decía don Rua.

Quien tiene un sueño no tira nada. Desde pequeño, don Bosco es una "esponja" que absorbe y aprende de todos: el latín del viejo párroco, los juegos de manos de los payasos de las ferias, repite pronombres y verbos mientras cava, aprende la música, a coser y confeccionar chaquetas, y licores:

«A mitad de año no solo preparaba café y chocolate, sino que conocía las reglas y secretos para fabricar helados, refrescos, licores, tortas. El dueño, ya que su local conseguía por ello notables ventajas, me concedió la pensión gratuita. Después me hizo una oferta concreta para que abandonase los estudios y me dedicara completamente a su café. Pero yo quería seguir estudiando, a toda costa».

Quien tiene un sueño no puede quedárselo para sí. Si crees verdaderamente en él, ¡cuéntalo!

Don Bosco es el más grande narrador de sueños de la historia, después del buen José de la Biblia.

Comunica sus ideas con tal fuerza que convence a los chicos e inversores para apoyar su visión y acompañarlo en el viaje.

Una canción de Jacques Brel dice:

*Os deseo sueños de nunca acabar
el deseo furioso de realizar alguno
os deseo que améis lo que se debe amar
y que olvidéis lo que se debe olvidar
os deseo pasiones
os deseo silencios
os deseo el canto de los pájaros al despertaros
os deseo que resistáis al hundimiento,
a la indiferencia, a las virtudes negativas de nuestra época.
Os deseo sobre todo que seáis vosotros mismos.*

2. AMA LA VIDA Y SIGUE TU CORAZÓN

¿Dónde nació don Bosco? Su casa nativa ya no está. Para mí que nació en un prado. El muchachito de I Becchi hacía cabriolas en un prado. En aquel prado nació el primer oratorio. Es su primera gran intuición: un espacio libre, sin confines, excepto el cielo. Un espacio para la vida. Un patio, un espacio en el que los chicos puedan jugar, divertirse, encontrarse, dejar estallar las energías. ¿Por qué gritan los niños en el patio? Es el rumor de la vida.

El juego no es pasatiempo y el oratorio no es un lugar de encuentro para zánganos, pues el juego es el trabajo más serio de los niños y chavales. Se necesitan espacios y fuentes de energía para cargar las pilas del entusiasmo.

Este aspecto de la pedagogía salesiana es genial y vital. Basta ya con los "niños de apartamento", hoy a los niños los dejan en espacios cerrados. En soledad, para hablar y jugar con máquinas. Un salesiano grande e inolvidable, don Luis Cocco, con simplicidad lo decía así: "Los chicos son como los pajaritos, mueren en la jaula".

Pero sobre todo es el patio un lugar de profundo placer. Demasiadas personas tienen miedo de la palabra "placer". El primer placer consiste

en estar juntos. El placer de vivir juntos: «Una alegría compartida es doble alegría». La consigna del educador: «Yo estoy bien con vosotros». Una presencia que es intensidad de vida. ¿Es posible?

Cuenta don Ceria, que un alto prelado, después de una visita a Valdocco declaró: «Vosotros tenéis una suerte en vuestra casa, que nadie posee en Turín y ni siquiera la tienen otras comunidades religiosas. Tenéis una habitación, en la que todo el que entra lleno de tristeza, sale radiante de alegría». Don Lemoyne anotó a lápiz: «Y muchos de nosotros lo han probado».

Según don Bosco, la receta de la santidad es simple: «Si quieres ser bueno, practica solo tres cosas, y todo irá bien: alegría, estudio, piedad». La primera sociedad fundada por don Don Bosco fue la Sociedad de la alegría. Hacíamos bien en mantener ese nombre: sería un brand estrepitoso.

El trinomio es patio, escuela, iglesia: el sistema preventivo de piedra. Y aquí entra la escuela con una importancia del todo revolucionaria hoy: se aprende solo a través del placer, y formar una cabeza bien hecha es la tarea decisiva. Y además el gusto de celebrar (¿a Misa se va por deber o por placer?).

Un espacio para los demás en la propia vida. La vida de don Bosco es un himno a la alegría. Se desataban incluso a veces litigios entre los muchachos:

Un limpiabotas al verlo: « Oh don Bosco, exclamó, venga aquí conmigo: quiero limpiarle los zapatos».

«Te lo agradezco, querido, pero ahora no tengo tiempo».

«Se los limpio en un momento, ¡sabe Ud!»

«Otra vez será; tengo prisa».

«Pero yo se los limpio y Ud. no me tiene que dar nada. Es solo por el gusto y el honor de hacerle este servicio».

En este momento lo interrumpe un deshollinador. «Deja que cada uno siga su camino».

«¡Vaya, hombre! Yo hablo con quien quiero».

«Pero ¿no ves que tiene prisa?»

«¿Y a ti que te importa? yo conozco a don Bosco, ¿sabes?»

«Yo también lo conozco».

«Pero yo soy su amigo».
«Y yo también».
«Pero yo lo quiero más que tu».
«No; soy yo el que lo quiere más».
«¡Soy yo!»
«¡Soy yo!»
«¿Te quieres callar, sí o no?»
«¡No, no! Yo quiero hablar».
«Mira que te doy un puñetazo»
«¿Tu? Haz la prueba».
«Eres un bestia».
«¡Lo eres tú!».

Y uno se lanzó sobre el otro, y se formó una tempestad de puñetazos y patadas. Se tomaron por los pelos, se tiraron por el suelo, se volcó la caja del limpiabotas, y cepillos y betún quedaron por los suelos. Don Bosco se puso entre ellos: «Paz, paz, amigos míos, ¡no hagáis esto!» Con dificultad pudo separarlos, pero se miraban siempre con rabia, uno contra otro:

«Te lo digo y lo repito, ¡yo le quiero más! Yo he ido a confesarme».
«Yo también».
«A mi me ha dado una medalla».
«¡A mí un librito!»
«Dígalo Ud. Don Bosco, ¿no es verdad que me quiere más a mí?»
«¡No, te lo repito... a mí!»
«Dígalo Ud. ¿a quién quiere más entre nosotros dos?»
«Pues bien, exclamó don Bosco: ¡mirad! Me estáis proponiendo una cuestión muy difícil. ¿Veis mi mano? Y les mostraba la derecha; ¿veis mi dedo pulgar y el índice? ¿A cuál de los dos pensáis que yo quiera más? ¿Me dejaría cortar más uno que otro?»
«¡Quiere a los dos!»
«Y así os quiero a vosotros dos; sois como dos dedos de la misma mano. De la misma manera amo a todos mis otros jóvenes... Por eso no quiero que os peleéis; venid conmigo: no hagamos teatro. Son comportamientos poco hermosos, estos: venid».

Y siguió su camino teniendo a su lado a los dos contrincantes. Con él iban otros deshollinadores y limpiabotas, y detrás una pequeña multitud que se había formado por aquel altercado. Y así fueron charlando hasta la basílica de los santos Mauricio y Lázaro, donde se separaron, y los jóvenes fueron a sentarse al sol en la escalinata del templo.

El deshollinador fue acogido después en el Oratorio, y llegó a ser un joven buenísimo y de muy bellas esperanzas. Era del valle de Aosta. Vino su madre a visitarlo, al saber que su hijo se había puesto a estudiar, pero no le parecía conveniente que continuase. «¿Un deshollinador cura? exclamaba. ¡No, no está bien!» (MB III, 171-172)

No le daba miedo decir «Te quiero».

En el verano de 1847, don Bosco encontró a un chaval que lloraba, cerca de la peluquería donde trabajaba como ayudante.

«¿Qué te pasa?»

«Ha muerto mi madre, y el dueño me ha despedido. Mi hermano mayor es soldado. Y ahora ¿a dónde voy?»

«Ven conmigo. Yo soy un pobre cura. Pero aunque me quede solo un trozo de pan lo partiré por la mitad contigo». (Es la frase que muchos chicos oyeron decir a don Bosco, y que conservaron en el corazón como un tesoro: don Bosco sería siempre para ellos la seguridad).

«A veces sucedía esto, que un joven, al oír la palabra de don Bosco, no se separaba de su lado, como sumido en una idea luminosa... Otros velaban de noche a su puerta, llamando ligeramente de cuando en cuando, hasta que le abrían, porque no querían irse a dormir con el pecado en el alma».

Testimonio de Giuseppe Brosio, gran ayudante de don Bosco en los primeros tiempos:

«Un día dos señores verdaderamente bien vestidos, con acento francés, me pararon, y después de algunas cordiales palabras, me ofrecieron una abundante suma de dinero – creo que entre quinientas y seiscientas liras – prometiendo que me habrían empleado en un puesto señorial, con tal que dejase el Oratorio y alejase de él a los compañeros.

A este ofrecimiento respondí con cuatro palabras: “Don Bosco es mi padre, no lo abandonaré jamás y no lo traicionaré por todo el oro del mundo”».

“Un eminente Rector de un gran Instituto portugués había llegado a Turín para pedir consejo a don Bosco”, recuerda Don Ricaldone. “En efecto, llegado a su presencia, expuso al santo educador sus interrogantes sobre la manera de educar a los alumnos de su Instituto. Don Bosco lo escuchó con mucha atención, sin interrumpirlo. Al terminar de hablar, el Padre jesuita sintetizó en una sola pregunta lo que deseaba saber: «¿De qué manera conseguiré educar bien a los jóvenes de mi colegio?» Y se calló. Don Bosco, al Padre que quizás esperaba un largo discurso, respondió con una sola palabra: «¡Amándoles!»”.

Escuchar es “dar espacio” a los demás, especialmente a los pequeños, a los jóvenes. Don Bosco se sentía enviado a los jóvenes pobres. ¿Quiénes son los realmente pobres? Aquellos a los que nadie escucha. Don Bosco leía en el corazón de los muchachos, escuchaba también las palabras no dichas, escuchaba los sentimientos:

«Querido Miguel, yo necesito que me hagas un favor».

«Dígame pues» respondió con valentía.

«Necesito que me digas por qué desde hace algunos días estás tan melancólico».

«Sí, es verdad... Pero estoy desesperado, y no sé qué hacer».

Y se echó a llorar. Dejé que se desahogara.

Un mes antes de morir, al atardecer de un día pasado en un penoso duermevela, don Bosco hizo llamar a don Rua y a Mons. Cagliero, dos hijos muy queridos, y recogiendo las pocas fuerzas que le quedaban, dijo para ellos y para todos los Salesianos: “Amaos todos como hermanos; amaos, ayudaos y soportaos unos a otros como hermanos...” Más tarde, con un hilo de voz, añadió:

“Prometedme que os vais a amar como hermanos”.

«¿Cuándo te das cuenta de que tu familia va bien?» preguntaron a una niña. «Cuando veo que mamá y papá se dan besitos».

En el lecho de muerte dijo a su secretario: «Cuando ya no pueda hablar y venga alguien pidiendo la bendición, levanta tu mi mano, haz con ella la señal de la cruz y pronuncia la fórmula. Yo pondré la intención».

El último gesto: Don Rua le levantó el brazo y el último gesto de don Bosco fue una bendición sobre todos sus hijos.

3. EL CIELO NO ESTÁ LEJOS

En el sueño de don Bosco, Jesús y María lo prenden por la mano. No abandonará ya nunca esas manos. Así lo extraordinario florecerá en lo ordinario, pues es ésta la verdadera fe.

Podríamos decir: "Donde está don Bosco está María". Una presencia concreta. Solo os quiero decir que la Virgen os quiere mucho, mucho. Y, que lo sepáis, ¡Ella está aquí, en medio de vosotros!

Entonces Don Bonetti, al verlo conmovido, lo interrumpió y comenzó a decir, solo para distraerlo: - Sí, ¡es así! ¡es así! Don Bosco quiere decir que la Virgen es vuestra madre y que ella os mira y protege.

- No, no, siguió diciendo el Santo, quiero decir que la Virgen está realmente aquí, en esta casa y que está contenta de vosotros y que, si seguís con este espíritu, que es el que desea la Virgen...

El buen Padre se emocionaba más que antes y Don Bonetti volvió a tomar la palabra: Sí, ¡es así! ¡es así!

Don Bosco quiere deciros que, si seguís siendo buenas, la Virgen estará contenta de vosotras.

- Que no, que no, intentaba explicar don Bosco, tratando de dominar su emoción. Quiero decir que la

Virgen está realmente aquí, ¡en medio de vosotras! La Virgen pasea en esta casa y la cubre con su manto.

(Memorias Biográficas XVII, 557).

Casi nunca decía: "Haré esto o aquello, sino: la Virgen hará esto o esto otro". "La Virgen quiere una iglesia grande? Se la construirá".

Y el cielo llegaba también con oportunos relámpagos.

Había allí cerca una casita, con un techo miserable y un patio. Después de preguntar de quién era, supo que su propietaria era una cierta señora Vaglianti. Él fue por tanto a visitarla, y habiéndole expuesto la finalidad de su visita, le pidió que le alquilara aquel local. La buena señora se mostró dispuesta al contrato, pero no pudieron ponerse de acuerdo acerca del precio anual por el alquiler. Después de una larga discusión y cuando se temía tener que romper la negociación, un caso singular hizo superar toda la dificultad. El cielo estaba nublado. En aquel instante se oyó un relámpago tan fuerte que puso a la señora en gran turbación, y dirigiéndose a don Bosco le dijo: - Dios me salve del terremoto, y yo le entrego la casa por la cantidad que Vd. Me ofrece. «Yo se lo agradezco, respondió don Bosco, y ruego al Señor que la bendiga ahora y siempre».

Poco después cesó el rumor del relámpago, se terminaron los fogonazos, y fue firmado el contrato a 450 liras. De esta manera hasta el relámpago se mostraba propicio a don Bosco, actuando como mediador favorable (Memorias Biográficas III, 268 – 269)

Entre tantos episodios, fue encantador el de Montemagno d’Asti, donde don Bosco tuvo la sorpresa del predicador.

Invitado por la noble familia De Maistre, el Santo había ido, con don Cagliero y don Rua, a predicar un triduo para la fiesta de la Asunción de María Santísima a Montemagno, donde, desde hacía tres meses, un cielo bronceado negaba la lluvia a los áridos campos, e inútilmente se habían ofrecido oraciones privadas y públicas para obtenerla.

La primera tarde que subió al púlpito, hizo esta promesa:

«Se vosotros venís a la predicación estos tres días, si os reconciliáis con Dios por medio de una buena confesión, se os preparáis todos de modo que el día de fiesta tenga lugar la Comunión general, yo os prometo, en nombre de la Virgen, que una lluvia abundante vendrá a refrescar vuestros campos».

Al bajar a la sacristía, la gente lo miraba maravillada y conmovida, y el párroco don Clivio le dijo:

«Muy bien, muy bien; ¡hay que tener valor!»

¿Qué valor?»

«¡El valor de anunciar en público que la lluvia llegará sin falta el día de la fiesta!»

«¿Yo he dicho esto?»

«Ciertamente. Ha dicho precisamente estas palabras: "En nombre de María Ssma. os prometo que, si hacéis todos una buena confesión, ¡tendréis la lluvia!"».

«Pero no; me habré equivocado...: yo no recuerdo haber dicho esto». «Pregúntele a cada uno de los oyentes, y verá que todos han comprendido lo que he comprendido yo».

Efectivamente, era verdad; y el pueblo quedó de tal manera convencido que se puso decididamente a las primeras horas de la mañana hasta bien entrada la noche los confesionarios eran asediados, y don Rua, y más don Cagliero, recordaban incluso después de muchos años el cansancio de aquellos días.

Durante el triduo, el cielo siguió siendo de fuego.

Don Bosco seguía predicando, y al ir o al volver de la iglesia la gente del pueblo le preguntaba: «¿Y la lluvia?»

Y Don Bosco: «Eliminad el pecado ».

El día de la Asunción tuvo lugar una comunión tan numerosa, como no se había visto desde hacía mucho tiempo; pero también aquella mañana el cielo estaba serenísimo. Don Bosco fue a comer a casa del Marqués Fassati y, antes que los convidados hubieran terminado, se levantó y se retiró a su cuarto. Estaba preocupado porque sus palabras habían hecho demasiado ruido. Las campanas tocaron a vísperas y en la iglesia comenzó el canto de los salmos. Apoyado en la ventana, don Bosco parecía que interrogase al cielo, que parecía inexorable. Hacía un calor sofocante.

¿Qué podía decir desde el púlpito, si la Virgen no concedía la gracia?

«Entretanto», contaba Luigi Porta, más tarde salesiano y sacerdote: «yo fui a la iglesia con el Marqués, y hablando precisamente de la lluvia prometida; el sudor goteaba de nuestras frentes, a pesar de que del edificio a la iglesia bastaban diez minutos de camino. Cuando llegamos a la sacristía, al terminar las vísperas, he aquí que llega don Bosco. El Marqués le dijo: «Esta vez, Señor don Bosco, ha fracasado. Ha prometido la lluvia, ¡pero tenemos todo lo contrario!»

Entonces don Bosco llamó al sacristán y le dijo: « Juan, vaya detrás del castillo del Barón Garofoli, para ver cómo va el tiempo, y si se ve algún indicio de lluvia»

El sacristán se va, y vuelve para decir a don Bosco: «Está limpio como un espejo; apenas una pequeña nubecilla, casi como la huella de un zapato, en dirección de Biella».

«Bien, le contestó don Bosco; dadme la estola».

Algunos que estaban en la sacristía lo rodearon y le preguntaron: «¿Y si no llega la lluvia?»

«Es señal de que no la merecemos », respondió don Bosco.

Terminado el Magnificat, don Bosco subió lentamente al púlpito, diciendo interiormente a la Virgen:

«No es mi honor el que en este momento está en peligro, sino el vuestro. ¿Qué van a decir los que ofenden vuestro nombre, al ver que quedan fallidas las esperanzas de estos cristianos, que se han esforzado por agradaros?»

Una multitud enorme, que ocupa todos los rincones de la iglesia, tiene los ojos fijos en él. Rezado el Ave María, parece que la luz del sol se haya oscurecido ligeramente. Empieza la exhortación y, poco después, se oye el ruido prolongado del trueno. Un murmullo de alegría recorre la iglesia. El Santo se para un instante, y he aquí que una lluvia, a cántaros y persistente, golpea las vidrieras. La palabra que brotó del corazón de don Bosco, mientras diluviaba, fue un himno de acción de gracias a María y de sostén y alabanza a sus devotos. Lloraba él y con él lloraban los oyentes. Después de la bendición, la gente se quedó esperando en el atrio de la iglesia, porque la lluvia seguía cayendo a cántaros. ¡Y nadie se había traído el paraguas!

Sin tantos aspavientos, sin místicas y evoluciones estrambóticas, en la simplicidad de la vida diaria, don Bosco vivía en compañía con Dios. Aquí tiene su raíz su radical optimismo.

Margarita entró la primera en la nueva casa: tres habitaciones desnudas y miserables, con dos camas, dos sillas y algunas cacerolas.

Sonrió, y dijo a su hijo: “En I Becchi, todos los días me preocupaba en poner orden, limpiar los muebles, lavar las cazuelas. Ahora podré descansar mucho más”

Volvieron a tomar aliento y se pusieron tranquilamente a trabajar. Mientras Margarita preparaba algo para cenar, don Bosco colgó en la pared un crucifijo y un cuadro de la Virgen, y preparó después las camas para la noche. Y juntos, madre e hijo empezaron a cantar. La canción decía:

*Ay del mundo – si nos oye
forasteros – y sin nada...*

“Primero: nada te turbe”. Así empieza don Bosco los “Recuerdos confidenciales” a los directores. En este primer “recuerdo”, don Bosco se propone él mismo como ejemplo: su vida ha estado sostenida por un optimismo inquebrantable, apoyado en la virtud cristiana de la esperanza.

Todos los testimonios concuerdan sobre un aspecto típico de la personalidad de don Bosco: irradiaba serenidad y seguridad en sus colaboradores y en los muchachos. Por otra parte, el Sistema Preventivo solamente puede mostrar toda su eficacia en un clima de fundamental optimismo.

“Don Bosco debe tener en estos días algún grave fastidio, puesto que está más alegre que de costumbre; y efectivamente, algunos días después se llegaba a saber que realmente sucedía eso”.

Cuando sufría ataques pesados.

Periódicos satíricos, como La Rana, “Ayudad a esta mala bicha, siempre ávida de carne fresca”.

No quería retorsiones ni venganzas.

Decía con firmeza: «¡Bueno, paciencia! ¡También esto pasará!»

También porque los rayos son caprichosos...

Aquella misma noche se levantó un gran temporal, y estalló un rayo, con un estruendo impresionante, en la última parte del edificio donde estaba la habitación de don Bosco, que se salvó milagrosamente

con todos sus jóvenes, que dormían en el dormitorio del piso superior. El rayo había penetrado en la chimenea que bajaba hasta el cuarto de don Bosco; rompía la pared, tiraba al suelo un estante con libros, derribando la mesa. El lecho de hierro fue levantado del suelo y transportado, en medio de una luz deslumbrante, hacia el lado contrario, mientras que el pobre don Bosco fue arrojado con violencia sobre el pavimento.

En el dormitorio de arriba, de los artesanos, no fueron menores el daño y el susto, pero todos se salvaron. El 19 de mayo, en acción de gracias, se cantó un solemne Te Deum en la pequeña iglesia de San Francisco de Sales. Tras haber corrido el peligro, muchos aconsejaron a don Bosco que instalara un pararrayos encima de la casa. « Sí, respondió él, ¡colocaremos allí la estatua de la Virgen!».

La estatua de María sigue allí, y no me consta que hayan caído otros rayos haciendo daño.

¿Y la elegancia de Dios?

Le manda un ángel de carne, hueso y mucho pelo. El perro "Grigio" Partió, pues, el 31 de enero, hacia Sampierdarena, Alassio, S. Remo, Vallecrosia y Ventimiglia. Ya de vuelta en Vallecrosia, siendo ya de noche, con las calles llenas de charcos, se le apareció una vez más el Grigio, que lo precedía lentamente, escogiendo los lugares mejores del camino. Él lo siguió y llegó felizmente a casa, mientras desaparecía el misterioso defensor. Fue la última vez que lo vio, habiendo pasado más de treinta años desde sus primeras apariciones.

4. MIRA MÁS ALLÁ DEL HORIZONTE

El que camina sobre la cuerda mira siempre hacia adelante. Mirad más allá del horizonte. Poseía una capacidad de visión casi espantosa. Cuando uno cree en algo, la fuerza de esta visión puede barrer literalmente cualquier objeción o problema, que sin más dejan de existir. Si la pasión es el carburante que proporciona a los innovadores la fuerza para realizar sus sueños, la visión asegura la dirección que inspira a los evangelistas a unírseles durante el viaje.

«Pero disimulando mis penas, me presentaba ante todos de buen humor y alegraba a todos contando mil maravillas sobre el futuro Oratorio, que entonces existía solo en mi mente y en los decretos del Señor». (MO, 150).

Los hermanos Filippi me expulsaban del local que había alquilado.

«Sus muchachos, me decían, pisan continuamente nuestro prado y van a hacer desaparecer hasta la raíz de la hierba. Con gusto le perdonamos el alquiler ya caducado, con tal de que dentro de quince días nos deje libre el prado. No podemos darle un plazo mayor».

Cuando se difundió la noticia de tantas dificultades, varios amigos me decían que abandonara la inútil empresa, como ellos la llamaban. Y otros, al verme preocupado y rodeado siempre de chavales, empezaron a decir que yo me había vuelto loco.

Un día el Teólogo Borrelli en presencia del sacerdote Sebastiano Pacchiotti y de otros me dijo esto:

«Para no exponernos a perder todo será mejor salvar algo. Dejemos en libertad a todos los actuales jóvenes, quedémonos solo con unos veinte de los más pequeños. Entre tanto seguiremos a enseñarles a éstos el Catecismo, Dios nos abrirá el camino y la oportunidad de hacer algo más». Les contesté: «No hace falta esperar otra oportunidad, ya está preparado el sitio, hay un patio espacioso, una casa con muchos niños, pórtico, Iglesia, curas, clérigos, todo a nuestras órdenes». «Yo no sé decir dónde están, pero existen ciertamente y están para nosotros».

Entonces el Teólogo Borrelli, llorando amargamente, exclamó: pobre don Bosco, está mal de la cabeza.

El término bíblico “profeta” significa “el que ve lejos”, es decir, el que sabe adivinar los escenarios futuros, el que sabe prever los cambios e indicar el camino hacia un mañana mejor. El profeta mira hacia lejos con mirada alternativa, con un estilo diverso que sabe espolear a la comunidad.

Don Bosco era simplemente un profeta. Tener la visión significa poseer las dotes más importantes, sobre todo hoy día: ¡la fantasía y la creatividad!

El profesor Umberto Eco ha escrito: «La verdad es que le ha faltado al Partido Comunista (Pci) su proyecto don Bosco, es decir, alguien o algún grupo con la misma imaginación sociológica, el mismo sentido de los tiempos, la misma inventiva organizativa».

Pensad en cómo ha nacido el primer taller salesiano de encuadernación.

Entre tanto don Bosco, mientras esperaba poder contar – en un tiempo no lejano – con una tipografía a su disposición, abría en los primeros meses del año, bromeando como tenía costumbre de hacer en muchas de sus empresas, un tercer taller en el Hospicio:

Encuadernación de libros. Pero entre los jóvenes que tenía en casa no había ninguno que supiera hacer este oficio: y no era todavía la hora de pagar un artista externo. No obstante un día, estando rodeado de sus alumnos, puso sobre una mesa las hojas impresas de un libro titulado: Los ángeles custodios, y llamando a un joven le dijo: «¡Tu harás el encuadernador!

« ¿Yo encuadernador? Pero ¿cómo lo haré si no sé nada de este oficio?»

«¡Ven aquí! ¿Ves estas hojas? Siéntate a la mesa, hay que empezar doblándolas».

También don Bosco se sentó, y entre él y el joven doblaron todas aquellas hojas. Ya estaba confeccionado el libro, pero había que coserlo. Entonces vino a ayudarle Mamá Margarita y entre los tres consiguieron coserlo. Enseguida se hizo un poco de pasta con harina y se pegó al libro la cubierta. Después había que poner parejas las hojas, es decir, alinearlas. ¿Qué hacer? Los demás jóvenes rodeaban la mesa, siendo testigos de aquella inauguración. Cada uno decía su parecer para igualar aquellos fascículos. Unos proponían el cuchillo,

otros las tijeras. En la casa no había nada apropiado, absolutamente nada. La necesidad hizo apañado a don Bosco. Se fue a la cocina, pescó con calma la media luna de acero que servía para cortar las cebollas, los ajos y las hierbas, y con este instrumento se puso a cortar las hojas.

Entretanto los jóvenes se desternillaban de risa.

El presidente de los Estados Unidos, Barack Obama, visitando Brasil el 19 y 20 de marzo del año pasado para ampliar y mejorar las relaciones políticas y comerciales entre los dos países, en su discurso a los empresarios recordó el sueño de Don Bosco sobre la ciudad de Brasilia.

«Brasilia es una ciudad joven, con solo 51 años, pero que ha tenido su comienzo hace más de un siglo; en 1883 Don Bosco tuvo la visión de que un día la capital de una gran nación sería construida entre los paralelos 15 y 20, que sería el modelo del futuro y que garantizaría oportunidades a todos los ciudadanos brasileños».

El objeto más conmovedor en las habitaciones de don Bosco en Valdocco es un pequeño mapamundi oscuro e más bien aproximativo.

5. SÉ FUERTE, SÓLIDO Y DIGNO DE CONFIANZA

El caso de don Bosco es el caso extraño de un soñador con los pies en el suelo. «Ha aquí tu campo, he aquí dónde tienes que trabajar (si lo oís en piamontés, significa “arar”). Hazte humilde, fuerte, robusto...»

Este es el consejo de María a Juanito en el sueño de los nueve años. Juan lo tomará muy en serio y estas tres cualidades llegarán a ser las dimensiones fundamentales de su persona.

Un abuelo daba la mano a su pequeño nieto y señalaba los robustos árboles de la avenida. Contaba que nada hay tan hermoso como un árbol.

«Mira, ¡mira cómo trabajan los árboles!».

«Pero ¿qué es lo que hacen, abuelo?»

«¡Mantienen la tierra unida al cielo! Y esto es algo muy difícil. Observa este tronco arrugado. Es como una gruesa cuerda. Hay también

nudos. En sus dos extremidades los hilos de la cuerda se separan e se ensanchan para unir tierra y cielo. Los llamamos ramos en alto y raíces abajo. Son la misma cosa. Las raíces se abren el camino en el terreno y del mismo modo los ramos se abren un camino en el cielo. ¡En ambos casos se trata de un trabajo duro!».

«Pero, abuelo, ¿es más difícil penetrar en el terreno que en el cielo!».

«Pues no, hijo mío. Si fuera así, los ramos estarían bien derechos. En cambio, mira cómo están retorcidos y deformados por el esfuerzo. Buscan y se afanan. Hacen intentos atormentados, más que las raíces».

«Pero, ¿quién les obliga a todo este esfuerzo?».

«Es el viento. El viento querría separar el cielo de la tierra. Pero los árboles resisten. Y por ahora son los que ganan».

Don Bosco ha sido un tronco robusto bien enraizado en el terreno para mantener el cielo unido a la tierra. Y por eso ha consumido su vida.

Por eso podemos aprender de él el significado de la virtud de la humildad. Las raíces en la tierra son la humildad. La palabra remite al latín humus, tierra.

Aunque el icono más fascinante de don Bosco lo representa en equilibrio en una cuerda tendida entre la tierra y el cielo.

Se encuentra enseguida en sintonía con María Mazzarello: también ella viene de la tierra. Saben aventar el heno, ordeñar las vacas y cavar. Se entienden al vuelo: pocas palabras, pocas cartas.

Los campesinos se miran a la cara, y es suficiente.

Don Bosco no perdió nunca de vista la meta de su vida. Se preocupó siempre de lo esencial. Si tienes un sueño grande, no te dejes desanimar por los incapaces, aprende a decir «no».

El que camina sobre la cuerda necesita dos cualidades esenciales: equilibrio y autocontrol.

Esto pidió con fuerza a sus muchachos. Hoy no están de moda, pero es lo más moderno que se puede hacer en campo pedagógico. Él las llamaba templanza. Una virtud que practicó en toda la extensión de la palabra (vestir, comer, dormir, habitar y viajar) y de manera heroica.

Vestía, por ejemplo, con vestidos limpios, pero remendados. Su sotana era de paño ordinario, le servía en las cuatro estaciones y poseía una sola, como testificó Angelo Amadei:

«La Señorita Mazzi de la Roche, sobrina de Mons. Gastaldi, me decía que en 1858, antes de partir hacia Roma, el Venerable fue a visitar a su madre. Su sotana estaba limpia pero remendada. La Srta. Mazzi le dijo: "Don Bosco ¿va a ir con esta sotana a Roma?"».

"Ciertamente", respondió el Venerable: "es la sotana más hermosa que tenemos en casa, y no es mía, me la ha prestado don Alasonatti"» (PV, 912).

«En 1858 (Don Bosco tenía 43 años), estando yo en Roma en compañía de un abogado de Turín, vimos a Don Bosco por una calle. Dejé al instante al abogado y fui a saludarlo. Al volver, el abogado me preguntó que quién era aquel sacerdote. Respondí: «¡Don Bosco!». El abogado quedó sorprendido: «¿Don Bosco? ¿Ese Don Bosco que acoge a centenares de jóvenes? Yo lo he encontrado por las calles de Turín, y me preguntaba quién pudiese ser ese cura simplón, ¡ya que era tan humilde su vestido y su porte!».

No le da miedo pedir. Para ir al seminario fue la primera colecta de su vida, la primera de una larga serie.

«Había que pensar en procurarle los hábitos clericales que la pobre Margarita no podía comprarle. Don Cinzano habló de ello con algunos feligreses, y éstos aceptaron enseguida poder contribuir a esta buena obra. El Señor Sartoris le proporcionó la talar, el Cav. Pescarmona el sombrero, el mismo don Cinzano le dio su propio manteo, otros le compraron el cuello y el birrete, otros los calcetines, y una buena mujer recogió el dinero necesario para procurarle, según parece, un par de zapatos. Y es éste el modo que la Divina Providencia habría usado en adelante para poder ayudar a nuestro Juan; es decir, servirse de la ayuda de muchas personas generosas para sostener a su fiel Servidor y las obras que hubiera emprendido».

Cuántas veces al Santo se le oyó repetir: «Yo siempre he tenido necesidad de todos».

Nunca se avergonzó de pedir limosna. ¿Qué valor hace falta para esto? Solo el humilde puede ser amable, pues consigue gozar con la presencia de los demás. La humildad es la puerta del amor hacia los más pequeños, los indefensos, los heridos de la vida. Jesús explica concretamente a los suyos el sentido de la humildad con el "lavatorio de los pies".

También don Bosco:

«Él se entregaba en casa a otras ocupaciones. Al no poderse fiar de tomar personas de servicio, hacía con su madre todos los trabajos domésticos. Mientras Margarita se ocupaba de la cocina, controlaba la colada, adaptaba y cosía la ropa blanca y arreglaba los vestidos consumidos, él se ocupaba de los más pequeños asuntos. Don Bosco en estos primeros años, haciendo vida común con los jóvenes, cuando no salía de casa estaba dispuesto para todo servicio. Por la mañana insistía en que los jóvenes se lavaran las manos y la cara; y él se ponía a peinar a los más pequeños, a cortarles el pelo, a limpiar sus vestidos, a arreglar las camas desordenadas, a barrer los cuartos y la capilla. Su madre encendía el fuego y él iba a buscar agua, tamizaba la harina de meliga o separaba la mondiglia del arroz. A veces limpiaba las habichuelas y pelaba patatas. Él también preparaba frecuentemente la mesa para sus internos y ordenaba la vajilla e incluso las cacerolas de cobre que en algunas ocasiones se hacía prestar por parte de algún vecino benévolo. Cuando hacía falta fabricaba o arreglaba algún banco para que los muchachos se pudieran sentar; y cortaba leña. Para ahorrar gastos de sastrería cortaba y cosía los pantalones, los calzoncillos, las chaquetas, y con la ayuda de su madre en dos horas estaba hecho un vestido».

Es el lavatorio de los pies en salsa salesiana.

El mejor título para una vida de don Bosco creo que sea "Giovannino Sempriniedi" ("Juanito siemprepedí").

En noviembre de 1845 don Bosco alquiló tres habitaciones del anciano sacerdote Giambattista Moretta, pagando quince liras mensuales. Pero en marzo de 1846 el anciano sacerdote, por las habituales quejas de los demás inquilinos, no renovó el alquiler, pidiéndole que dejase

libres los locales inmediatamente. El Oratorio se trasladó entonces provisionalmente al prado cercano, alquilado por los hermanos Filippi. ¿Cómo reacciona?

«Yo me vi bajo cielo abierto, en medio de un prado, limitado por un simple cercado, que dejaba acceso libre a todo el que quisiera entrar. Los muchachos eran entre 300 y 400, y encontraban su paraíso terrestre en aquel Oratorio, cuyo techo y paredes eran la cúpula del cielo [...]. Los días festivos, por la mañana temprano, yo me encontraba en el prado, donde ya no pocos esperaban [...]. A un cierto punto de la mañana se sonaba la trompeta, para reunir a los muchachos; otro sonido de trompeta indicaba el silencio, que me permitía hablar y anunciar dónde íbamos a oír la santa misa y a comulgar. A veces, como se dijo, íbamos a Madonna di Campagna, a la iglesia de la Consolata, a Stupinigi...» (MO, 154-155).

La resiliencia no es una condición sino un proceso: se conquista luchando. No es difícil considerar toda la vida de don Bosco como una lucha. Don Bosco no le tenía miedo a nada.

Monseñor Cagliero recuerda:

«No recuerdo haberlo visto un solo momento, en los 35 años que pasé a su lado, descorazonado, fastidiado o inquieto a causa de las deudas que le pesaban con frecuencia. Solía decir: «La Providencia es grande, y así como piensa en los pájaros del aire, así pensará en mis muchachos».

Al Señor Magra, panadero, le debía 12 mil liras por el abastecimiento de pan en el año 1860-61. Magra no quiso proporcionarle más pan. Don Bosco le mandó decir, como siempre, que no dudase: la Divina Providencia no había tenido nunca bancarrota. Que siguiese a darle el pan, que el Señor pensaría en hacerle llegar el dinero Magra mandó el pan, y fue a cobrar su dinero. Don Bosco estaba en la sacristía, y tardaba en salir esperando que el Señor le ayudase, mientras que el Señor paseaba fuera, esperando. Un señor entra en la sacristía y entrega a don Bosco una pequeña limosna. Don Bosco entonces sale, encuentra al señor Magra y le dice: «Bueno, la Providencia le manda un anticipo. Pronto os hará llegar el saldo».

Así decía a los abastecedores del hierro, de la madera, del cuero para los talleres...».

En 1849, año difícil para el Piamonte y para don Bosco, él se hacía acompañar, cuando salía, por José Brosio, el "bersagliere", que en sus evocaciones (ASC, 123, Brosio) recordó que cuando don Bosco recorría la actual avenida Regina Margherita, con frecuencia lo maltrataban con insultos o burlas indecentes por parte de jóvenes desviados. El exuberante Brosio, dados sus especiales precedentes militares, con gusto hubiera dado a aquellos gamberros una buena lección "manual", pero don Bosco lo paraba siempre, e incluso un día que pudo acercarse a estos "amigos" (como los llamaba) les regaló algunas frutas que había comprado a una vendedora que tenía el puesto en aquella zona. Cuando la mamá de Don Bosco se le quejaba, y con razón, porque estropeaban el cercado y la verdura de su huerta, don Bosco, con su acostumbrada sonrisa en los labios, le respondía: Cosa veule feje? a són giov! [¿Qué queréis que haga? ¡Son jóvenes!].

Dos frases "terribles":

«El Oratorio de San Francisco de Sales nació de los golpes, creció bajo los golpes, y en medio de los golpes sigue viviendo».

«Cada vez que se interponen perplejidades – afirmaba – yo respondo siempre abriendo una casa» (MB, XIV, 229).

El valor es sobre todo la virtud del guerrero que se atreve a correr el riesgo de ser herido en el combate. El valor nos hace decididos: hay que arriesgar. Los fuertes conquistan el Reino de Dios, dice Jesús: el Resucitado se hace reconocer mostrando las heridas.

Un hombre murió y llegó a las puertas del cielo. El ángel encargado de la acogida le preguntó: «Muéstrame tus heridas».

Sorprendido, el hombre contestó: «¿Heridas? No tengo».

Y el ángel le dijo: «¿Nunca has pensado que había algo por lo que valiese la pena combatir?».

¿Cuántas heridas tenía don Bosco?

El canónigo Balesio testimonia: «Fue testificado por los médicos que lo asistieron en las enfermedades de sus últimos años, que las fatigas soportadas, las violencias que se hizo a sí mismo el Siervo de Dios, tuvieron que ser tales, que llegaron hasta consumarle su fortísima fibra y constitución. Los mismos declararon que el Siervo de Dios tenía un cuerpo tan maltrecho y gastado, que resulta inexplicable a la ciencia cómo pudiese vivir e ir adelante en sus ocupaciones. Cuando se le veía sentado, tanto aparecía su figura, la energía del alma se reflejaba en su cara, en su mirada siempre viva y bondadosa y en la palabra que siempre iluminaba su pensamiento. Pero el verlo caminar, sobre todo nosotros, que recordábamos otros tiempos, era una pena, un tormento para el corazón. En los últimos años caminaba inclinado y con los brazos levantados, que generalmente sostenían sus hijos piadosos. Y esto para tener el necesario respiro. Pues bien, con tantos achaques el

Siervo de Dios se sostenía, se entretenía con sus hijos, era informado por sus colaboradores sobre la marcha de las cosas, y daba consejos y órdenes de gobierno y a sus muchas Casas extendidas en los dos mundos».

En el proceso, el célebre profesor Combal: «Aunque se cuenten cosas maravillosas de don Bosco: para mí el milagro más grande es que él viva todavía, estando tan destruido».

Cuando contempláis aquel féretro: pensad en esto.

Pero la herida que más escuece: es cuando escribe en el diario de dos de los suyos que "se han ido a vivir por su cuenta".

Con la cabeza alta, con todos. También con la poderosa Marquesa Barolo.

Una vez fue ella misma a visitar el humilde cobertizo-capilla, inaugurado junto a la casa Pinardi; e ignorando la celestial misión confiada al Santo, cuando contempló aquel miserable tugurio, le pareció más inexplicable aún que se pudieran rechazar sus generosas ofertas para llegar a un estado tan miserable. Cuando le anunciaron su presencia, Don Bosco salió a su encuentro, y la Marquesa, apenas se le acercó, le dijo: «Y ahora ¿qué podrá hacer Vd. aquí, si no le ayudo yo? No tie-

ne una lira, ¡ya lo sé! Y así y todo, ¿no quiere rendirse a mis propuestas? ¡Peor para usted! Piense antes de decidir: ¡se trata de su porvenir!»

En otra ocasión en que el Santo fue a su casa para hablarle, ella, apenas lo vio aparecer en el umbral, casi triunfalmente le preguntó:

«Se encuentra en la miseria, ¿no es así?»

«Oh no! Respondió don Bosco afablemente, pero con semblante grave y reservado; no he venido a hablar de dinero; conozco sus intenciones y no quiero molestarla, tanto más que no necesito nada...

y, si me permite una palabra que añado sin intención de ofenderla... no tengo necesidad ni siquiera de usted, señora Marquesa!»

«Si, ¿eh? replicó ella; ¡he aquí el soberbio!»

Y el Santo, con su admirable calma incisiva: «No, no busco su dinero: y puedo decirle que, cuando usted sabe que estoy necesitado y no viene en mi ayuda, yo tengo un sentimiento muy distinto hacia usted. Puedo decirle, con una suposición inadmisibles, que si la señora Marquesa cayera en miseria y tuviese necesidad de mí, yo me quitaría la capa de mis hombros y el pan de mi boca para socorrerla.»

El valor de proponer experiencias extraordinarias, alguna misión imposible a sus jóvenes.

La lealtad: es una mercancía rara, hoy. Significa fidelidad, honradez, honestidad, sinceridad y confianza, es el ingrediente indispensable de toda amistad y de toda relación humana. Nunca ha abandonado a nadie. Don Miguel Rua:

«Fue admirable también la bondad del Venerable hacia el hermano Antonio, él sabía bien cuánto lo había contrariado en sus aspiraciones a la carrera eclesiástica, y sin embargo lo quiso siempre y, cuando murió, recogió a sus hijos en el Oratorio, haciendo aprender al mayor el oficio de carpintero, y conservando hacia ellos en todo tiempo afecto paterno; el más joven volvió pronto al campo, pero no dejó de disfrutar de la ayuda de su tío en caso de estrechez. Yo conocí a ambos en el Oratorio» (PV, 597).

26 de diciembre. Don Bosco está gravísimo. Viene a verlo Carlo Tomatis, alumno del oratorio de los primeros tiempos. Se arrodilló a los pies de la cama, y apenas podía decir «¡Oh don Bosco, oh Don Bos-

co!» Cuando salió de su cuarto, don Bosco dio una señal a don Rua, que se inclinó sobre él: «Sabes que se encuentra en dificultad – le murmura – págales el viaje en mi nombre ».

Y si la sociedad es “líquida” y de poca confianza, como se dice hoy, don Bosco prepara una balsa:

«Cuando todos estuvieron en la barca — continúa don Bosco — tomé el mando de capitán y dije a los jóvenes: — María es la Estrella del mar. No abandona a los que confían en Ella: pongámonos todos bajo su manto; Ella nos libraré de los peligros y nos guiará al puerto seguro».

6. RECONCILIADOS CON LA MUERTE

Don Bosco había inventado un ejercicio extraño para sus muchachos: el ejercicio de la buena muerte.

¡Un ejercicio formidable! Significa tener claro el sentido del límite y la fundamental responsabilidad de la vida. Tenemos una meta, una cita con alguien que nos preguntará: ¿qué has hecho con todo lo que te he dado? Bendito sea el que lo dice a los chicos.

¿Cuál fue la palabra más pronunciada por don Bosco?

Escribió don Alberto Caviglia: «Cuando se repasan las páginas y discursos de don Bosco, resulta que la del Paraíso fue la palabra que él repetía en toda circunstancia como argumento animador supremo de toda actividad en el bien y de todo aguante de las adversidades».

«¡Un trozo de Paraíso lo arregla todo!» repetía don Bosco en medio de las dificultades. También en las modernas escuelas para manager se enseña que una visión positiva del futuro se transforma en fuerza de vida.

En Marsella, en casa de una insigne bienhechora, tomando una viola del pensamiento y dirigiéndose a la señora: «Mire, dijo. Le doy un pensamiento, el pensamiento de la eternidad».

«Con flores o sin ellas, no olvidaba nunca dejar pensamientos semejantes, cualquiera que fuese el que se le acercaba» (Don Ceria).

No es solo la fuerza de vivir, es un cierto modo de vivir, es el gusto de vivir y vivir en la luz de resurrección. Podemos encarar con éxito nuestra vida cotidiana solo si sabemos que no es todo, que nuestra casa está en el cielo, que nosotros nos elevamos con nuestro corazón a la grandeza y la libertad de Dios. La resurrección rompe los límites de nuestra cotidianidad y hace que la luz de la eternidad penetre en la noche en la que todo parece inútil.

Cuando, ya anciano y débil, atravesaba el patio con pasitos de hormiga, los que se encontraban con él le dirigían el acostumbrado saludo distraído:

«¿A dónde vamos, don Bosco?»

«Al Paraíso».

También humor viene de humus. La humildad permite aceptar las imperfecciones de la existencia y regala a la existencia una serenidad de base. Don Bosco estaba siempre de buen humor.

¿Su último escrito? ¿Algo terriblemente carismático? Una poesía para sus piernas:

Gambe, mie povre gambe (Piernas, mis pobres piernas)

che sie drite, che sie strambe (tanto si estáis derechas o si estáis torcidas)

seve sempre l' me confort (a mi me sirve de confort)

fin a tant che sia mort. (hasta que me muera)

7. LA VIDA ES COMO EL JUEGO DE LOS PUNTOS Y EL FINAL ES UNA SORPRESA DEL OTRO MUNDO

Aquella última bellísima entrevista (una de las primeras, creo, entrevistas a un santo). El periodista recuerda las fundaciones, los países del mundo alcanzados, los números vertiginosos y lanza la consabida pregunta: «Pero, ¿cómo lo ha hecho?» Don Bosco responde (sonriendo): «Poco a poco».

Había una vez un hombre que criaba peces. Tenía un gran estanque en el que se agitaban peces de todo género. Una noche el hombre fue despertado por un rumor que procedía del estanque. Se levantó, pero todo estaba muy oscuro, estaba medio dormido y no se orientaba bien. Quiso dirigirse hacia el estanque, pero tropezó, se levantó, cayó en un hoyo, se levantó de nuevo. A un cierto momento se dio cuenta de que iba en la dirección equivocada, volvió hacia atrás y se encaminó de nuevo hacia el ruido del agua.

Pero no veía nada, y de nuevo tropezó, se cayó, se levantó, cayó en un foso, se levantó de nuevo. Cayó de bruces en el fango. Se puso otra vez en pie, volvió hacia atrás.

Siguió así avanzando hasta que finalmente llegó al estanque. Vio que el agua salía de un agujero al borde del lago y, junto con el agua, ¡también los peces!

Así se puso a reparar la grieta, y solo al terminar la operación volvió a casa e se metió en la cama. A la mañana siguiente el hombre, levantándose, miró por la ventana y vio en el suelo, trazada por sus pasos, la silueta perfecta de una cigüeña. Cuando el diseño de mi vida esté completo, ¿veré o verán otros una cigüeña?»

Seremos dos los que veremos el diseño final de la vida: yo y Dios. En el fondo, Dios lo había proyectado y si yo me dejo llevar por su mano, al final lo veré también yo. ¡Piensa en la satisfacción de Dios, si eso fuera realmente lo que estaba pensando!

Tres cosas: el hombre, mientras corría para arriba y para abajo, tropezando, cayéndose, cambiando dirección, no tenía idea alguna de que al final su fatiga habría producido el dibujo de una cigüeña.

En segundo lugar, no obstante los obstáculos que encontraba, el hombre mantuvo con firmeza su propósito, «lo mantuvo hasta el final».

En tercer lugar, solo cuando terminó su recorrido, es decir un día después, cuando al levantarse se asomó a la ventana, pudo contemplar el resultado de su trabajo, que iba mucho más allá de la reparación del estanque.

Es la espiritualidad del Magnificat. Yo no vivo como un simple número: Dios ha hecho cosas grandes por mí. Don Bosco escribe su Magnificat personal, le tarde de su primera Misa:

«La tarde de aquel día me volví a mi casa. Cuando estuve cerca de los lugares en los que había vivido siendo joven, y vi de nuevo el lugar en el que había tenido el sueño de los nueve años, no pude frenar la conmoción. Dije: “¡Qué maravillosos son los caminos de la Providencia! Dios ha levantado verdaderamente del suelo a un pobre muchacho, para colocarlo entre sus predilectos”».

El llanto de don Bosco en sus últimas Misas: había visto el diseño. «A su hora comprenderás todo».

En la larga agonía invocaba con frecuencia: «¡Madre! ¡Madre!». Dos veces.

Se observáis bien la foto de don Bosco muerto, parece realmente acogido en los brazos de Alguien. Las dos madres vinieron a llevárselo.